

*La carrera académica y la educación*¹

Lizbeth Sagols Sales

No todas las celebraciones tienen un motivo evidente y ésta no parece, al menos a simple vista, tener uno muy claro.

Se nos hace patente que ya no somos tan jóvenes. El recuerdo de nuestro ingreso como académicos de esta universidad permanece vivo en la memoria y nos provoca la sensación de un cierto desfase entre el pasado y el presente.

Además, en estos veinticinco años hemos tenido múltiples experiencias sobre las que cabe reflexionar. La primera de ellas es –para algunos de nosotros– la de haber comenzado a dar clase cuando apenas terminábamos la carrera. Motivo de orgullo, sin lugar a dudas, pero la verdad es que nos vimos obligados a extraer de la escasa formación con que cuenta cualquier recién egresado de cualquier universidad, una apropiación y madurez intelectual que no teníamos. No tuvimos tiempo de acceder a otros saberes, de contrastar nuestro ambiente intelectual con otros de este país o del extranjero. Quedamos literalmente incorporados a una noble institución que nos acogía, por un lado, y nos provocaba cierta desubicación, por el otro. Enseñábamos y asesorábamos a otros, al mismo tiempo que seguíamos siendo estudiantes, ya sea del posgrado o algunos incluso de la licenciatura. Todo ocurría de manera simultánea: éramos maestros y alumnos, colegas de los profesores y estudiantes suyos. Algunos de nosotros también realizábamos tareas académico-administrativas en la propia Facultad desde que concluimos la carrera. Y no pensemos en que, por si fuera poco, esta Facultad siempre ha sido generosa en brindar amores y desamores. ¿Hasta qué punto podía coexistir todo ello de una manera coherente?

¹ Discurso en la entrega de medallas por veinticinco años de docencia en la UNAM. Ceremonia realizada en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, el viernes 23 de mayo de 2003.

Las experiencias no acaban aquí. Luego vino —y esto ya fue para todos— la necesidad o digamos, la invitación, a formar parte del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) que constituye tanto un reconocimiento a la productividad —según los criterios de la ciencia— como una oportunidad para mejorar los ingresos. Se trata de demostrar con productos, es decir, principalmente con publicaciones, aunque también con cursos dados y tesis dirigidas, que somos en verdad activos en nuestra disciplina. No creo que podamos quejarnos del todo, sin embargo, el eje central de nuestra vida académica es la docencia, la cual, aunque implica investigación, no siempre tiene que plasmar los resultados de su búsqueda en un producto publicable. Su objetivo está en el diálogo fértil con los estudiantes. El no comprender esto trajo como consecuencia que aquellos profesores entregados por completo a sus cursos y asesorías, no podían ni pueden aspirar a este Sistema. Además, con el SNI vino el hábito, que persiste hasta la fecha, de multiplicar, siempre de manera distinta y abarcando periodos diferentes, el informe que los académico de cualquier universidad del mundo deben entregar. Pero ¿por qué ha de ser más de uno?, ¿por qué no puede servir el mismo?, ¿se supone que informa un sujeto distinto en cada caso?

Después nos llegó el Programa de Estímulos de la UNAM que, sobre todo en su inicio, adoptó los criterios del Sistema Nacional de Investigadores. Lo único que podíamos pensar y sentir es que, en efecto, la tarea educativa, la clase frente al grupo, la conversación formativa con los alumnos, el seguimiento y enriquecimiento de un curso, no son tan importantes como creíamos cuando fuimos contratados por primera vez como profesores. Nuestra comunidad académica ha hecho esfuerzos por establecer mejores criterios de evaluación en este Programa, pero la sombra de los “productos” sigue pesando. De ahí que sigamos realizando múltiples actividades académicas que en ocasiones redundan en una dispersión nada conveniente.

Hace apenas unos días se propuso la creación del Sistema Nacional de Docencia y se dijo que habrán de buscarse los criterios *ad hoc* para su evaluación. Casi podemos felicitarnos. Parece que al fin, en un mundo globalizado en el que sólo se puede disponer de recursos económicos mediante sistemas planificados, podrá valorarse aquello a lo que hemos dedicado una parte sustantiva de la vida.

Pero no nos confundamos. En verdad, tan sólo podrá medirse nuestro profesionalismo: el número e incluso la calidad de cursos y seminarios, la coherencia y actualidad de los programas de asignaturas, la asistencia, las horas de asesoría, las tesis dirigidas. Ello indica ciertamente el grado de entrega a la docencia, también indica la capacidad para comunicar un saber ¿y por qué no?, la capacidad para despertar vocaciones, para transmitir el amor e interés por una disciplina.

No obstante, sabemos muy bien que en tanto la docencia tiene que ver con la educación del individuo, ella va más allá del profesionalismo y que su entraña misma y su dinamismo nunca podrán medirse. Sería una ingenuidad identificar docencia con educación; esta última se da en muchos ámbitos y uno de ellos es justo la investigación. También nos educan aquellos a quienes leemos y también múltiples factores sociales, familiares, así como la amistad y el amor. Pero lo cierto es que la docencia no puede dejar de tener como horizonte la educación —a pesar de que en ocasiones las instituciones educativas se vean amenazadas por la barbarie. Sabemos todavía, pese a los embates y desafíos por los que ha pasado nuestra universidad en los últimos años, que educar es —en sentido estricto— contagiar el germen de la cultura: comunicar la vivencia misma del cuidado, del hacer bien lo que se hace, de la apropiación de la libertad y el juicio personal, comunicar el amor por el saber en general, por los clásicos, el refinamiento en el uso del lenguaje y en el sentido artístico. Más aún, sabemos que educar es propiciar el despertar del individuo a los asuntos de la comunidad, a lo que ocurre en su país y en el mundo, así como despertarlo a la admiración y cuidado por la Tierra. Mi maestro, Eduardo Nicol, diría que se trata de generar el deseo profundo de ser hombre (o mujer) de forma plena y auténtica.

¿Qué valor asignado daríamos a la ayuda que nos brindaron nuestros maestros en este aprendizaje?, ¿qué “producto” puede mostrarse al respecto para sustentar un informe *ad hoc* para la docencia? Tal ayuda no puede medirse, en primer lugar, porque lo vale todo y, en segundo, porque se trata de un proceso en el que el educador mismo ha de seguir educándose, sin llegar nunca a término.

Y es justo en este punto extremo al que hemos llevado nuestra situación, donde comienza a aclararse el motivo de este festejo. Podemos alegrarnos porque seguimos teniendo conciencia de la responsabilidad y del placer singular de la tarea educativa y, además, porque la realizamos precisamente en una universidad que no ha roto su compromiso con la labor humanizante, una universidad que, aun en estos tiempos inciertos para la auténtica cultura, se sigue sosteniendo en el principio de la libertad de cátedra y sigue buscando una educación de excelencia y para todos.